

Como este hecho coincidió con la aparición casual sobre el camino, de una fuerza de caballería que salió de una barranca, el enemigo coronó con multitud de tiradores, la altura que quedaba á la espalda de la batería.

Los nuestros, entretanto, llenos de admiración, no apartaban la vista de aquel temerario que volvía á todo correr á nuestro campo.

Era un antiguo insurgente llamado Villareal, que á la sazón prestaba sus servicios en artillería, en calidad de conductor de parques con carácter de sargento 2.º

Tuvo ganas, según dijo, de traer un yankee prendido de su reata, por no quedar sin hacer algo en aquel gran día.

Quedaron todos admirados de resolución tan atrevida. Pero este hecho, no lo he visto consignado en ningún documento oficial, ni aun relatado en los periódicos.

Nadie pronuncia el nombre del pobre viejo Villareal, que murió después en la oscuridad y en la pobreza.

Testigo presencial del hecho, quise tributar en mi diario un recuerdo al mérito, dando á conocer al hombre, y la acción distinguida que hizo.

Así hubo en esta lucha malhadada, muchos hechos honrosos que no son conocidos.

Reorganizados los americanos, acometieron vigorosamente á nuestra línea; pero después de un combate encarnizado, en que pareció que agotaron sus fuerzas, tuvieron que retirarse, dejando en poder de nuestros soldados dos cañones de á 6, de fundición americana; un carro de municiones y tres banderas. (1)

En este combate, se condujo bizarramente el Coronel D. José María Carrasco. Hallándose separado del mando del Segundo Ligero de infantería á consecuencia de los sucesos de Monterey, iba en el ejército desempeñando una comisión insignificante. Mas, habiendo sido muerto el Comandante de Batallón D. Julian de los Rios, que mandaba el cuerpo accidentalmente; Carrasco tomó la bandera, y poniéndose al frente del batallón, lo lanzó sobre el enemigo obligan-

(1) Una de estas banderas, fué regalada á la Legislatura del Estado de San Luis Potosí, por el General Santa-Anna.

do á éste á retirarse. El Coronel montaba un corpulento caballo frison, que lo hacía muy visible.

Los coraceros, que buscaban un paso para incorporarse á nuestro campo se introdujeron por el cañon P. con ánimo de salir por la garganta Q.

Como á tanta distancia no podía distinguirse bien, se supuso que era fuerza enemiga que venía á flanquearnos. Hay que advertir, que los coraceros no llevaban los cascos ni las corazas, y que con sus uniformes azules, bien se podían confundir con los americanos.

Esto introdujo bastante alarma en la extrema izquierda de la línea, en donde no se contaba con más fuerzas que con un pequeño batallón de doscientos hombres que servía de sostener á las baterías.

Hubo quien indicara al Coronel D. Antonio Corona, Comandante General de Artillería que sería oportuno hacer cambiar de frente á la izquierda algunas piezas de la batería O., para cruzar sus fuegos sobre la garganta Q con las tres piezas de fierro de á 24 que acababan de montarse en sus cureñas, y estaban en el punto B.

El coronel no se resolvía á disponer nada, sin la orden del General Santa-Anna, pero haciéndole ver lo apremiante de las circunstancias, se decidió á ordenar la maniobra indicada, como se verificó.

El General Santa-Anna, que había observado el movimiento de los coraceros, mandó violentamente á su Ayudante, el General D. Diego Agüelles, con orden de hacer marchar al batallón que servía de apoyo á las baterías de la izquierda, para que ocupara la salida de la garganta Q, donde había estado el día anterior.

En estos momentos, apareció la cabeza de la tropa de coraceros en la referida garganta; mas dos balas de á 24 que llegaron rebotando hasta ella, le advirtieron que no era prudente pasar adelante.

Un oficial que se destacó, vino á deshacer la equivocación y ya pudieron los coraceros incorporarse á nuestro campo.

El Teniente Coronel D. José María Castro, conocido por el *barbon*, vestido de riguroso uniforme, como se presentaba siempre en las acciones de guerra, se disponía á marchar con su batallón á ocupar la garganta Q, cuando la llegada de los coraceros le hicieron suspender la marcha.

La alarma que causó en nuestro campo, la aparición de una fuerza relativamente pequeña en la garganta **Q.**, puede dar una idea del efecto que hubiera producido un ataque formal.

Recíprocamente, el efecto habría sido el mismo para el enemigo, si tropas nuestras, hubieran, desembocado por el cañon **P** durante lo más reñido de la batalla.

Estos fueron los últimos episodios de la batalla del día 23.

Los americanos se replegaron á las líneas de puntos **S. S.** y nuestra primera línea quedó formada en **T. T.**

Había cesado completamente la batalla. Solo se oía uno que otro tiro de fusil, que disparaban algunos hombres sueltos que emprendían combates individuales.

Nuestras tropas estaban sentadas en cuclillas, manteniendo el fusil verticalmente, con la culata apoyada en tierra, sobre el último terreno que habían conquistado.

A pesar de no haber tomado alimento en todo el día, el aspecto de las tropas era halagüeño. Parecían satisfechas y contentas por haber vencido hasta allí la tenaz resistencia que habían opuesto los americanos.

Podía creerse, que lo que faltaba que hacer, era trabajar en la noche en prolongar nuestra línea hácia la derecha, subiendo una batería á la altura **W.** para enfilarse al día siguiente el campo enemigo.

Me parece que no hubiera sido muy difícil conducir hasta **W.** la batería de á 8, sustituyendo á ésta en su emplazamiento con los cañones de á 12 y el obús de 7 pulgadas.

Así hubiéramos presentado en línea el día siguiente catorce piezas mientras que el día 23 no tuvimos mas que nueve.

La batería de á 16 permanecería en **O.** y la de á 24 que acababa de montarse, se colocaría á su izquierda sobre el camino. Reunidas estas seis piezas de grueso calibre, producirían buenos efectos sobre la derecha del enemigo.

Quedarían, pues, funcionando todos nuestros cañones, y concentrarían sus fuegos sobre las líneas **S. S.** como se indica en el croquis.

Atendidas las pérdidas que los americanos habían sufrido y el estado de desmoralización en que se encontraban, es creíble que al día siguiente, hubiera nuestro ejército consumado su derrota.

Estas eran las esperanzas del ejército, así discurrían muchos oficiales.

Pero, la desgracia que nos perseguía, lo ordenó de otra manera.

Al anochecer, se comunicó orden á las líneas, que estuviesen dispuestas para retirarse.

Semejante disposición causó un general y profundo disgusto; se veía con dolor, que se iban á perder tantos sacrificios como se habían hecho: que abandonando el campo conquistado, se daba la victoria al enemigo, sin que éste hiciera nuevos esfuerzos para conseguirla: y en fin, que se afirmaría la idea, ya generalizada en el ejército, de que era imposible vencer á los americanos.

Las razones que se daban para la retirada, eran las siguientes.

Que no había que darle de comer á la tropa.

Que el ejército se hallaba muy fatigado, y no podía combatir al día siguiente.

Que, si permanecían en el campo de batalla, sería posible que en la noche se desbandaran muchos de nuestros soldados.

Estas razones eran en extremo especiosas.

Si no había que dar de comer á la tropa en el campo que ocupaba, tampoco había en Aguanueva, donde permaneció después acampada varios días; y es seguro, que con lo que allí se mantuvo, pudo haberse mantenido en Angostura.

Además, en la noche del 23, sucedió, que algunos cuerpos que pudieron poner rancho, no teniendo tiempo para repartirlo, á causa de la retirada, vaciaron el rancho en el suelo para poder cargar los calderos en las mulas.

Una poca de prevision, hubiera hecho que se mataran las reses necesarias, y asada la carne, distribuirla en la noche sobre el mismo campo de batalla.

Hacía muchos días que el ejército se hallaba bien fatigado, y por lo mismo necesitaba descansar aquella noche, en vez de obligarlo á andar cinco leguas hasta Aguanueva, donde tendría que combatir al día siguiente, si el enemigo, como era posible, se atrevía á perseguirlo.

La misma fatiga del ejército, era una razón para no temer un desbandamiento, pues nadie pensaba mas que en el descanso.

Además, las tropas habían vislumbrado la victoria, estaban entu-

siasmadas, y en semejantes casos nuestros soldados no se desbandan. Tambien sabían, que el enemigo tenía en el Saltillo almacenes bien provistos, de víveres, de vestuarios, y aún de dinero: miéntras que á retaguardia de nuestro ejército, solo había un desierto desprovisto de todo recurso.

De todas maneras, la tropa recibió con mucho disgusto la órden de retirada.

Poco despues de cerrar la noche, y aprovechando la escasa luz de la Luna nueva, las tropas fueron descendiendo de las alturas que con tanto sacrificio habían conquistado, y formando en columna sobre el camino.

Por fortuna, el enemigo no sintió nuestro movimiento, por que un ataque vigoroso en aquellas circunstancias, acaso hubiese producido un desastre.

Al principio, la marcha se verificó ordenadamente; pero el disgusto que experimentaba la tropa, y el deseo que cada uno tenía de llegar cuanto antes al punto de descanso, hicieron que cada cual marchase como podía, mezclándose los soldados de unos batallones con los de otros, produciendo con esto la mayor confusion.

Esta confusion, aumentó necesariamente al ocultarse la Luna.

El ejército se acercaba al punto de su destino, por aquella noche, guiado por la luz que producía el incendio de la Hacienda de Aguanueva, que había tomado grandes proporciones.

Cada cual, se acostaba segun iba llegando, donde y como le era posible; y puede asegurarse, que solamente la artillería, permaneció reunida, apareando á la derecha del camino.

En la misma noche reunió el General Santa-Anna un Consejo de Guerra, compuesto de los generales, y de los Comandantes Generales de artillería é ingenieros.

El Consejo de Guerra resolvió, consignándolo por escrito, que la retirada era indispensable.

Febrero 24.

La mañana de este dia, se empleó en reorganizar los batallones reuniendo los soldados de cada uno.

A cosa de las diez, llegó un Jefe del Estado Mayor del General Taylor, en calidad de parlamentario.

Proponia entregar los heridos que habían quedado en el campo, y hacer cange de prisioneros.

Creo que el verdadero objeto que llevaba, era, investigar el estado moral del General en Jefe y la condicion material del ejército.

El General Santa-Anna dispuso que se quitase la venda al parlamentario, que pudo ver perfectamente el órden ya restablecido que guardaba nuestro campo, el cual presentaba todavía un aspecto imponente.

Ya en el reposo del campamento, se pudieron apreciar las pérdidas que el ejército había tenido.

El total de ellas fué de tres mil cuatrocientos noventa y cuatro hombres entre muertos, heridos y dispersos. Es decir, más de la cuarta parte de la fuerza.

El detall de la baja es como sigue:

Muertos.....	591
Heridos.....	1,037
Contusos.....	12
Dispersos.....	1,854
Total.....	<u>3,494</u>

De los muertos fueron:

Jefes y oficiales.....	23
Tropa.....	568
Total.....	<u>591</u>

De los heridos fueron:

Generales.....	2
Jefes y oficiales.....	101
Tropa.....	934
Total.....	<u>1,037</u>

De los contusos fueron:

Jefes.....	3
Oficiales.....	2
Tropa.....	7
	<hr/>
Total.....	12
	<hr/>

De los dispersos fueron:

Jefes.....	1
Oficiales.....	6
Tropa.....	1,847
	<hr/>
Total.....	1,854
	<hr/>

La pérdida material fué:

Muertos.....	591
Heridos.....	1,037
Contusos.....	12
	<hr/>
Total.....	1,640
	<hr/>

Jefes y oficiales fueron:

Muertos.....	23
Heridos.....	103
Contusos.....	5
	<hr/>
Total.....	131

De tropa fueron:

Muertos.....	568
Heridos.....	934
Contusos.....	7
	<hr/>
Total.....	1,509
	<hr/>

Este resultado nos da cerca de [un oficial por cada doce individuos de tropa.

El consumo de municiones fué:

Tiros de cañon.....	571
Id. de fusil con las paradas de las cartucheras.....	555,000

De los oficiales que salieron del Colegio á fines del año anterior (1845), fué muerto el subteniente D. Agustin Liudem, y heridos los subtenientes D. Juan B. Navarro y D. José Pichardo.

En nuestras bajas aparecen mil ochocientos cincuenta y cuatro dispersos, cifra mayor que la de los hombres fuera de combate.

Esto consiste en los cuerpos de reclutas que se dispersaron desde el principio de la batalla, y en no haber tomado providencias para recogerlos en el momento mismo.

Los contrarios no tenían el inconveniente de la dispersion; parte, porque sus tropas estaban mejor disciplinadas que las nuestras; parte, porque peleando en país extranjero el instinto de la conservación los inducía á estar siempre reunidos: y en el caso presente, porque hallándose el General Miñon á retaguardia de los americanos, todo disperso hubiera caído en su poder.

Las pérdidas del enemigo no es cosa fácil valuarlas, por haber quedado dueño del campo; pero es racional creer, que si no fueron mayores que las nuestras, poco menores deben haber sido.

Me fundo en las razones siguientes:

Aun que el que ataca generalmente sufre mayores pérdidas que

el que defiende una posición, esto queda bien compensado cuando el que defiende vuelve caras; porque mientras se aleja del peligro queda inerte, entregando la espalda á su adversario, que aprovecha la ocasión de vengarse.

Durante la jornada del 23, no una, sino varias veces se vieron obligados los americanos á retirarse en desorden.

En el campo ocupado por nuestras tropas se veían tantos muertos del enemigo como mexicanos.

Siendo el calibre de nuestros fusiles mucho mayor que el de los americanos, producían sus balas heridas más peligrosas.

En compensación, las tres postas con que acompañaban ellos las balas, ocasionaban evidentemente mayor número de heridas.

En consecuencia, es lógico pensar que debimos tener mayor número de heridos, y el enemigo mayor número de muertos.

Aunque podrá objetarse que los americanos, en general, tiraban mejor que nuestros soldados, esta circunstancia, que es sin duda muy esencial en los combates de tiradores, pierde mucho de su importancia en los ataques de línea, donde el soldado, cegado por el humo y excitado por las emociones de la lucha, no se detiene en hacer puntería.

Insisto, pues, en que las pérdidas del enemigo deben de haber sido equivalentes á las nuestras, pero siempre en mayor proporción en muertos que en heridos.

El aspecto del campamento de Aguanueva era tranquilo: la fatiga y el cansancio de los días anteriores obligaban á la tropa á permanecer en quietud. Solamente la necesidad de buscar alimento, hacía discurrir á algunos de un lado al otro.

Dos oficiales partieron una tablilla de chocolate, que comieron en crudo, y sin más acompañamiento. Otros cuatro se reunieron para comer un plato de arroz, sin pan ni otra cosa, que pudieron conseguir en el rancho de la artillería.

En el bosque, cerca del Arroyo, se habían detenido los carros que conducían heridos. Estos desgraciados, á quienes nadie atendía, clamaban con acento dolorido para que les impartiesen algún auxilio.

Los que habían muerto la noche anterior, fueron bajados de los carros y cubiertos con sus mantas: parecía que dormían.

Si de aquel triste sitio se dirigía la vista á la hacienda, se contemplaba otro espectáculo más pavoroso.

En la casa principal, cuyo techo había sido consumido por las llamas, se estableció el hospital de sangre. Allí los heridos, sin distinción de clases, yacían por el suelo en tan gran número, que no había lugar donde dar un paso.

Y allí también se hacían las amputaciones y se practicaban las operaciones más crueles, á la vista de los demás pacientes. Donde quiera se elevaban ayes tristísimos, producidos por los más acerbos dolores.

En una pieza contigua, también destechada, se veían amontonados los brazos y las piernas que ya no eran útiles á sus dueños.

Fuera de aquel tristísimo recinto, los animales muertos que dejó el enemigo, y los despojos de las reses que se mataban para alimentar á las tropas, completaban un cuadro lúgubre, capaz de impresionar el ánimo más esforzado.

Febrero 25.

Continuamos acampados.

La mala alimentación de las tropas y su poco abrigo en estación tan cruda en aquella región, fueron causas de que se desarrollase en el ejército una epidemia de disenterias y diarreas, que la mayor parte de los hombres padecían.

Febrero 26.

Desde la retirada de la Angostura el enemigo no salió de sus posiciones para hostilizarnos, á pesar de hallarse á tan corta distancia. Esto prueba lo mucho que debió haber sufrido en la batalla.

A las dos de la tarde se comenzó á levantar el campo.

Primero se hicieron marchar á los heridos; pero como no cupieran todos en los pocos carros que había, para conducir á los demás se improvisaron unas parihuelas ó angarillas formadas con cuatro fusiles que hacian un cuadrado, y con una manta amarrada en los ángulos por las puntas.

En cada una de aquellas hamacas se colocaba un infeliz herido, que era conducido por cuatro soldados.

De semejante manera se tenían que andar catorce leguas de desierto, sin encontrar agua.

Los soldados, debilitados por el hambre, muchos de ellos enfermos, llenos de fatiga y de desaliento, bajaban al suelo la carga para tomar descanso, y otros, desertando, abandonaban definitivamente al paciente.

Por esta causa se veía el camino lleno de cansados, de heridos y aún de muertos.

A la hilera de parihuelas, seguían los carros y algunas carretas de bueyes que se habían embargado, haciendo un ruido estridente con sus enormes ruedas.

La noche llegó pronto.

Un viento helado pasaba sobre las cabezas el polvo sutil, que la columna removía al marchar.

La luna pálida, que parecía correr locamente á través de las nubes, iluminaba apenas aquella escena sombría y silenciosa, contrastando con la tórrida luz de bosques enteros de palmas inflamadas, y de sabanas convertidas en llamas, á consecuencia del fuego encendido la noche del veintiuno, que se había propagado sin obstáculos.

Pronto las tropas que marchaban á retaguardia alcanzaron y rebasaron el convoy de heridos, produciendo la confusian consiguiente.

La luna que se ocultó fué otro motivo de desórden; y los pobres heridos fueron víctimas de mil actos inhumanos.

A la una de la madrugada comenzó á llegar á la Encarnacion la vanguardia del ejército, sucediendo como en Aguanueva, que cada cual se colocó, como y en donde pudo.

A aquella noche tambien se le debió llamar, con razon, *Noche Triste*.

Febrero 27.

Permanecimos en la Encarnacion. Por todo alimento tomó la tropa carne de res; pero como se mataban muchas vacas cargadas, y el agua que se bebía era salobre, las enfermedades de estómago aumentaron.

En la tarde de este dia, se hicieron honores fúnebres á uno de los jefes, que falleció á resultas de sus heridas.

Febrero 28.

Decampamos de la Encarnacion, é hicimos la jornada al Rancho de San Salvador.

Casi toda la tropa iba enferma del estómago. El camino quedó regado de cansados y de enfermos.

Marzo 1º

A la hacienda del Salado.

Como la víspera: grupos de enfermos y rezagados se veían por todas partes. Cadáveres de animales se hallaban á cada paso.

Marzo 2

A la Noria de las Animas.

El camino, como el dia anterior.

Encontramos acampada una fuerza de infantería y caballería, que al mando del General D. Ciriaco Vazquez había llegado de Tula.

Marzo 3.

Salieron las tropas de las Animas á la una de la mañana, y llegaron al Cedral á las tres de la tarde, sin haber tomado alimento ni agua durante la marcha. Se dió sepultura á los cadáveres de un jefe y un oficial que fallecieron de resultas de sus heridas.

Marzo 4.

Jornada corta; á Matehuala.

Siendo esta poblacion el primer punto que ofrece algunos recursos, se dispuso que los heridos no pasaran adelante.

En consecuencia, se establecieron hospitales, aunque para ello se carecía de todo.

Marzo 5.

A la Hacienda de la Presa.

Marzo 6.

A la Hacienda de Solis.
Continúan las enfermedades.

Marzo 7.

De Solis á Charcos.

Marzo 8.

A la Villa del Venado.

Marzo 9.

Al Pueblo de la Hedionda.

Marzo 10.

A la Hacienda de Bocas.

Marzo 11.

A la Hacienda del Peñasco.

Marzo 12.

Entró el ejército á San Luis, despues de cuarenta y cuatro dias de la salida de las primeras tropas para la Angostura.

En San Luis se tuvo noticia de que el General D. José Urrea, que operaba en Nuevo Leon á retaguardia del General Taylor, había capturado á los americanos un convoy, quemándoles cien carros y causándoles unas doscientas bajas entre muertos, heridos y prisioneros.

Observaciones.

No tengo datos seguros sobre la pérdida que sufrió el ejército en su desastrosa retirada á través del desierto; pero creo no exagerar

si supongo, que pasó de tres mil hombres, la mayor parte desertores.

Dos causas, en mi concepto, determinaron el mal éxito de esta expedición:

La primera, no haber llevado las provisiones de boca necesarias; aunque en esta falta, debe haber influido la escasez extraordinaria de recursos.

La segunda, haber carecido el día de la batalla de la artillería ligera suficiente, que hubiera maniobrado sobre el flanco izquierdo y sobre la espalda del enemigo, cuando éste fué envuelto.

Estas faltas que cometió el General Santa--Anna al organizar el ejército, las pagó bien caras, dejando escapar la victoria.

Respecto de la retirada en la noche del 23 de Febrero, se ha hablado mucho, en pró y en contra.

Se ha alegado para disculparla, el cansancio de las tropas, la falta de alimento, y el temor de un desbandamiento.

En el curso de estos apuntes, he procurado demostrar lo infundado de estas aseveraciones.

Acaso, otras razones más poderosas, pesarían en el ánimo del General Santa--Anna.

Tal vez, alarmado con las grandes pérdidas que el ejército había sufrido el día 23, y principalmente, con la dispersion que tuvieron algunos cuerpos, dudó del resultado que pudiera tener una nueva batalla. Y tomando en consideración, que la República no tenía otro ejército que oponer al invasor, que ya amagaba por el Oriente, temió que si en un nuevo combate era derrotado, el enemigo penetraría sin encontrar resistencia, hasta el corazón del país.

Sin duda, que para el hombre que llevaba sobre sí tan grande responsabilidad, las razones expuestas debían ser de mucho peso, y, creo, que la Historia deberá tomarlas en cuenta, al juzgar en este caso al General Santa--Anna.

Pero, pensando que los grandes esfuerzos y sacrificios que la Nación y el ejército habían hecho, quedarían sin fruto alguno, si no se completaba la derrota del General Taylor:

Que, era oportuno y conveniente aprovechar las ventajas adquiridas, y la buena moral de las tropas:

Que, una retirada á través del desierto, costaría tal vez más que una batalla perdida:

Que, en el caso de ser derrotado, el enemigo quedaría impotente para perseguirnos:

Que, aunque quedase en aptitud de poderlo hacer, le sería imposible perseguirnos en el desierto, si inutilizábamos las únicas tomas de agua que allí existen, al dejarlas á retaguardia.

Y en fin; que suponiendo perdida la propuesta batalla, no causarían otros males que aumentar algo las calamidades que se desataron sobre el ejército en su retirada, soy de sentir que se debiera haber arriesgado una batalla el día 24.

Si se hubiera ganado, nada habría detenido la marcha del ejército victorioso, hasta las orillas del Rio Bravo.

El armamento y los almacenes quitados al enemigo, hubiera provisto á la Nación para la continuación de la guerra.

El ejército, habría aprendido á vencer á los americanos, y el General Santa--Anna, volvería á ser para la República lo que fué en 1829. Mas la retirada de la Angostura, fué su muerte política.

NOTA.—Pudo haberse evitado la Batalla de la Angostura, volteando la posición. El ejército, marchando por el camino que siguió el General Miñon, ú otro practicable, para salir más allá del Saltillo, habría obligado al enemigo á abandonar sus posiciones, y á combatir con desventaja en otras, para no verse expuesto á quedar cortado de su base de operaciones, y de su línea de retirada.